

## Extranjero para todos

**Antonio Rubial**

Enrique González y González, *Una república de lectores. Difusión y recepción de la obra de Juan Luis Vives*, México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación-UNAM/Plaza y Valdés, 2007.

Uno de los grandes enemigos de la investigación histórica, y de cualquier trabajo relacionado con las ciencias humanas es la simplificación. Sin embargo, cuán a menudo se utilizan en estas disciplinas términos a los que se les da connotación absoluta y excluyente. Católico y protestante, moderno y medieval, humanista y escolástico, son categorías que nos ayudan a definir, pero que a menudo también nos impiden matizar. El libro que hoy nos ocupa es una muestra de la importancia de definir los conceptos que utilizamos y de la necesidad de romper los esquemas que hemos heredado de la historiografía decimonónica.

El libro está construido con una arquitectura impecable, estructurada en dos grandes secciones: una, dedicada a historiar la fortuna y el olvi-

do de la obra de Vives en el Antiguo Régimen (siglos XVI-XVIII); la otra, cuyo objetivo es reconstruir una bibliografía crítica del autor y mostrar su recepción en los siglos XIX y XX. En la primera parte se da una base metodológica sobre la problemática a tratar: la obra y la recepción de un autor desde su tiempo (la primera mitad del siglo XVI) hasta nuestros días. En ella se destacan las circunstancias que han ocasionado, primero, la extraordinaria fortuna que tuvieron las obras del escritor valenciano en el siglo XVI, y después el olvido al cual se le condenó en los siglos siguientes. El entorno que está detrás de esa fortuna e infortunio son las reformas protestantes y la católica, así como los profundos cambios que trajo consigo el proceso de aparición de la imprenta y de la modernidad. A continuación, se hace una referencia biográfica de Juan Luis Vives, un ciudadano de la república de las letras, valenciano de familia conversa que tuvo que huir de una España cada vez más intolerante e inquisitorial con los descendientes de judíos; un hombre que pasó por la universidad de París, que vivió un tiempo en Inglaterra, esperando en un mece-

nazgo en la corte de Enrique VIII y de la española Catalina de Aragón, pero que a raíz de los conflictos políticos y religiosos ingleses pasó a Flandes donde radicó el resto de su vida, una vida ciertamente corta porque murió a los 48 años, pero al mismo tiempo sumamente fructífera.

Autor prolífico, humanista y detractor de las enseñanzas escolásticas, pedagogo, filósofo pacifista, orador, filólogo, escritor de obras políticas y devotas, orientador de lecturas en diversas disciplinas, editor crítico de Aristóteles, de san Agustín y de Suetonio, Vives fue colocado por sus contemporáneos, a la par que Erasmo, Moro y Budé, como uno de los grandes humanistas cristianos. Sus cerca de veinticinco obras, todas escritas en latín, que rebasaron el millar de ediciones en diversos países de Europa, fueron leídas por incontables personas, tanto de los círculos cultos como por los estudiantes y lectores medios que accedieron a ellas en numerosas traducciones a lenguas vernáculas.

A través de las páginas de esta primera parte, Enrique González nos ofrece una fascinante panorámica inserta en la historia del libro y de su

recepción. En ellas podemos descubrir el perfil de los lectores a quienes iban dirigidas las obras de Vives: textos como *De anima* o *De ratione dicendi* se destinaban a los estudiosos que podían leer en latín; al mismo público iban orientados los comentarios a la edición de la *Ciudad de Dios* de San Agustín; la *Introductio ad sapientiam*, el *Linguae latinae exercitatio* conocida como los *Diálogos* y el *De concribendis epistolis* fueron obras para estudiantes que tuvieron una gran aceptación; al final estaban los manuales como la *Instrucción de la mujer cristiana* y *Del oficio de marido*, escritos en latín, pero ampliamente difundidos en traducciones accesibles a los laicos que no leían esa lengua. Esta primera parte también nos introduce en el mundo de las imprentas: las de Amberes, Basilea, Venecia, Lyon, París, y muchas otras ciudades que se disputaron sus obras, varias de las cuales fueron editadas solas, aunque otras aparecieron en volúmenes que reunían textos de diversos autores.

Esta primera parte termina con la descripción de la fortuna que le cupo a la obra de Vives en los siglos XVII y XVIII, en un apartado que el autor denomina “La fractura de la república de las letras”. Durante el siglo XVI, Vives fue un autor ampliamente leído y citado por protestantes y católicos. Incluso al parecer su éxito fue mayor en las regiones nortenas de Europa, cuya sensibilidad religiosa estaba influida por la *devotio moderna* y por la *philosophia christi*, movimientos que insistían en la oración mental despojada de la mediación eclesiástica y del ritualismo, tan opuestos a la religiosidad mediterránea. El distanciamiento entre ambos mundos se volvió más radical en la segunda mitad del siglo XVI y afectó profundamente tanto a las imprentas como a los autores que se encontraban en una posición ambivalente.

A pesar de haber publicado en latín y ser un habitante de los Países Bajos, Vives fue a menudo catalogado por los protestantes como católico y español, epítetos que lo hacían sospechoso para algunos reformados. Igual actitud puede observarse del lado católico, donde muchos escritores humanistas (como Erasmo y Vives) fueron marginados, e incluso prohibidos, por considerárseles precursores de Lutero y Calvino. Por ello el escritor valenciano perdió, a lo largo de las centurias siguientes, ese papel preponderante que había tenido en su época, para convertirse en un autor poco mencionado, e incluso a veces criticado, en un “extranjero para todos” como lo llama González. Con todo, aunque bajó el número de sus ediciones, sus obras siguieron siendo leídas en ambos espacios culturales y aparecieron referidas en autores tan distantes como Gassendi, Montaigne, fray Luis de León, fray Alonso de la Veracruz, Descartes, Leibnitz y muchos otros. Esos autores, a veces citándolo, otras sin mencionarlo, se convirtieron a su vez en difusores de sus ideas. Una obra paradigmática al respecto es la traducida como *Diálogos*, cuyas ediciones en toda Europa y durante más de trescientos años avalan la persistencia del humanista Vives entre católicos y protestantes, a pesar de todos los prejuicios. En esta primera parte Enrique González nos permite adentrarnos en la forma en que los procesos históricos pueden afectar la trayectoria de la comprensión, lectura y reedición de obras, la manera como éstas pueden influir en los mecanismos de transmisión de las ideas, a pesar de que sus autores no sean siquiera mencionados.

La segunda parte del libro, titulada “La recuperación de la memoria”, comienza con una revisión bibliográfica sobre Juan Luis Vives y su obra. Gracias a un trabajo al que ha dedicado décadas, el doctor Gon-

zález —con la colaboración de Víctor Gutiérrez— ha revisado incontables bibliotecas en busca de los ejemplares de las obras del escritor valenciano y de los autores que se han dedicado a su estudio. A continuación, el libro ofrece una visión de las grandes tradiciones que han recuperado la obra de Vives en los siglos XIX y XX: la alemana, que lo vio como el padre de la pedagogía y el inspirador de numerosos escritores como Bacon y Comenio, y que tuvo una fuerte influencia en el renacimiento de los estudios sobre este autor en Polonia, Gran Bretaña, Francia, Finlandia, Hungría y Estados Unidos; la española, que se remonta al siglo XVIII con el reformismo borbónico, el cual rescató el devocionalismo y las ideas sociales de Vives, con una continuidad importante durante el triunfo del liberalismo y de la formación del nacionalismo catalán en el siglo XIX, y una utilización reaccionaria por el régimen franquista en el siglo XX, que lo editó para educar a los obreros en una filosofía cristiana que promovía la obediencia a la autoridad y la sumisión, frente a la diabólica y atea expectativa comunista de buscar el bienestar de todos quitándole los medios de producción a los ricos. La tercera tradición, en Bélgica y los Países Bajos, en una línea erudita y filológica, colocó al valenciano y flamenco por adopción en un lugar destacado del humanismo centroeuropeo y privilegió sus estudios sobre la pobreza, sus tratados filosóficos, y el contexto histórico donde desarrolló su vasta obra y se imprimió una parte de ella.

Los abundantes estudios, que en la segunda mitad del siglo XX han destacado la vertiente social y política del humanismo —su papel fundamental en el desarrollo de la retórica, de las teorías lingüísticas y de la percepción—, han incluido a Vives entre los autores más connotados en esas

áreas. Sin embargo, y a pesar de que a lo largo del siglo XX la bibliografía sobre Vives ha sido muy abundante y ha habido varias reediciones críticas de sus obras, hay todavía autores que escriben en francés, en inglés y en italiano que no reconocen su importancia, e incluso que lo ignoran sobre los trabajos y en las bibliografías sobre el humanismo.

Una de las causas de ese desconocimiento que se tiene del autor valenciano son los nacionalismos, que con una gran ceguera sólo se dedican a estudiar a los escritores de su país. Vives, considerado como español, a pesar de que la mayor parte de su vida no vivió en España y sólo escribió en latín, no va a ser estudiado ni por la literatura flamenca, ni por la francesa, ni por la inglesa, alemana o italiana, a pesar de que sus textos tuvieron una excepcional difusión en esos países durante el Antiguo Régimen e influyeron en sus escritores. Al estar colocado dentro de la tradición de la cultura latina, Vives no fue considerado tampoco durante algún tiempo dentro de la literatura española o catalana, pues no escribió una línea en castellano o valenciano.

El problema, además, no sólo tiene que ver con los nacionalismos, sino también con la forma en que se ha hecho historia de la cultura hasta ahora. El darle valor únicamente a las obras y a los autores, ignorando que la escritura está inmersa en un acto comunicativo y social en el cual el receptor es tan importante como el emisor, nos da una visión incompleta de lo que es la cultura. El libro, en su carácter de instrumento de comunicación dentro de una comunidad cultural, es estudiado en nuestros días como un “artefacto”; es decir, como un medio comunicativo de transmisión de saberes cuyo impacto sólo puede comprenderse conociendo tanto al emisor (un ente social inmerso en un ámbito histórico), el conteni-

do de sus mensajes (información) y la manera como éstos son recibidos por sus destinatarios (es decir el acto de comprender). Ese objeto en que emisor y receptor están dissociados, en el que confluyen personas que no se ven ni se tocan, que pueden incluso vivir en épocas distintas, ha posibilitado el desarrollo del conocimiento. Enrique González expresa en la última frase de su libro esta conclusión: “la verdadera patria de un escritor la constituyen sus lectores, esa inestable república sin límites geográficos, políticos, religiosos, ni lingüísticos.”

Cada autor es hijo de su tiempo, al igual que cada lector. Todas las miradas que se posan sobre un texto están condicionadas por circunstancias personales y culturales que determinan las preguntas y las diversas lecturas que se le pueden hacer. A ello se agrega la influencia de la publicidad y de la fama en las diferentes etapas de la recepción y la manera como, en cada una de ellas, esos factores influyeron en la apreciación de los autores. La lectura que hace Enrique González de la obra de Vives deriva de esa nueva percepción de las ciencias históricas que han puesto el acento sobre la subjetividad, tanto de las obras como de sus lectores.

Con una sorprendente erudición y haciendo uso de sus profundos conocimientos sobre el humanismo, Enrique González despliega ante nuestros ojos un complejo proceso de recepción en el que se entrelazan los contenidos de los textos de Vives con las diversas y cambiantes circunstancias culturales de quienes tuvieron acceso a ellos, o de aquéllos que los ignoraron o menospreciaron. Unos utilísimos índices toponímicos y onomásticos nos permiten no sólo descubrir estos alcances, sino además maximizar el uso de este trabajo como herramienta de consulta. Asimismo, quien se aproxima a este libro fascinante podrá entender lo in-

consistentes que resultan algunos términos para definir a un autor. Vives, a pesar de ser un humanista, ha heredado métodos y contenidos religiosos de los escolásticos; aunque se autodefine como católico, estaba más cerca del espíritu de los protestantes, quienes fueron sus asiduos lectores; a pesar de que algunos de sus postulados formarían parte de lo que llamamos la modernidad, su actitud hacia la religión está cercana a algunos autores medievales.

Desde el siglo XVI la imprenta introdujo un fenómeno sorprendente y único, pues por un lado permitió la difusión de los saberes y provocó una ruptura con el pensamiento absoluto religioso. Pero al mismo tiempo generó el fenómeno de las modas literarias y de la opinión pública, lo que condenó a muchos autores al olvido, mientras los que fueron definidos como clásicos recibieron toda la atención. Independientemente de la universalidad de los contenidos de tales obras, la manipulación de esos criterios de selección por razones de la lengua, intereses políticos o religiosos, o simplemente comerciales, ha sido desde entonces y hasta nuestros días la característica básica para condicionar la difusión de la cultura. Enrique González pone como ejemplo de estas modas la figura de Leonardo da Vinci, autor cuya fama como científico fue generada en el siglo XIX, cuando se descubrieron sus fascinantes dibujos, pero cuyo impacto en el nacimiento de la ciencia moderna fue nulo, pues sus descubrimientos permanecieron ocultos por varios siglos.

Estos criterios selectivos que determinan cuáles autores u obras son importantes y cuáles no, es algo que no sólo afectó a Juan Luis Vives y a su obra como consecuencia del “recíproco aislamiento” generado entre las dos versiones de la cultura occidental, la protestante y la católica, la atlántica y la mediterránea. En la ac-

tualidad esos criterios de selección siguen funcionando, sobre todo a partir de la creciente importancia que ha tomado el inglés como lengua hegemónica en el ámbito internacional, con la consiguiente marginación de las otras. Para Enrique González, “esto implica a su vez que conforme ga-

nan espacio y relevancia las publicaciones académicas en inglés, quienes usufructúan ese liderazgo lingüístico se sienten eximidos de conocer lo escrito fuera de su ámbito, con los consiguientes déficit de información. La academia se va transformando así en un creciente diálogo de sordos”.

Esperemos que este libro, cuya calidad, profundidad y solidez están a la altura de cualquier publicación del llamado primer mundo, tenga la acogida académica internacional que se merece, a pesar de estar escrito en castellano, de haber sido publicado en México y ser su autor un mexicano.

## La invención de una legitimidad

### Beatriz Lucía Cano

Elías José Palti, *La Invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)*, México, FCE, 2005.

**E**l libro de Elías José Palti tuvo su origen en la primera parte de su tesis doctoral presentada en 1997, en la Universidad de California en Berkeley. Su investigación nació de un “malestar intelectual” derivado de las perspectivas dicotómicas que dominan a la literatura de la historia intelectual latinoamericana, la cual por lo regular se plantea desde una serie de oposiciones tales como modernidad/tradición, ilustración/romanticismo, racionalismo/nacionalismo, individualismo/organicismo y otras más. Las perspectivas dicotómicas buscan trazar genealogías de pensamiento, es decir, se intenta desagregar a un autor y clasificar sus ideas bajo una de las dos posiciones. A decir de Palti, el método genealógico es bastante limitado para analizar el pensamiento de un autor, pues las

ideas y los conceptos se combinan de modos complejos y cambiantes, por lo que no se puede trazar el sentido de las ideas. Es por ello que se debe examinar lo que un escritor entendía por cierto concepto, a fin de comprender de qué manera se definen y redefinen las nociones a lo largo del tiempo. En este sentido, se trata no sólo de superar las dicotomías tradicionales, sino de buscar una vía para escapar de ellas; y ésta es la de analizar los lenguajes políticos, que trata de comprender de qué manera las condiciones de enunciación de los discursos se inscriben en los propios textos y forman parte integral de su sentido.

El lenguaje político reconstruye, a partir de los usos públicos del lenguaje, el vocabulario de base que delimita lo decible y lo pensable, y, sobre todo, la forma en que las condiciones se modifican históricamente. Una historia de los lenguajes políticos proveería un marco para concebir de qué manera las tensiones de un periodo se despliegan en el interior de los discursos y pueden dislocarlos, lo que significa la desestabilización de su lógica interna y de su régimen de funcionamiento. Para analizar es-

ta dimensión textual, Palti recurrió a la retórica clásica. La aproximación retórica a los textos busca comprender de qué forma se alternan las condiciones de la enunciación y cuál es el sentido del desplazamiento de las problemáticas subyacentes. La historia de las ideas muestra estabilidad en los contenidos ideológicos, pues aunque las ideas no cambien sí se alteran los modos y circunstancias en que se articulan. En este sentido, la tarea de la retórica es descubrir de qué manera las transformaciones impactaron los discursos y trazar en los textos las huellas lingüísticas de tales alteraciones. Así, lo que se propone Palti es investigar de qué manera se altera el discurso público de una comunidad política, en este caso la mexicana decimonónica, cuando se quiebra el consenso de base y se corren los supuestos ideológicos en que se funda tal discurso. Es así que las nociones, categorías e instituciones, que se asumían como naturales en tiempos normales, se tornan objeto de escrutinio crítico y se reconstruyen sobre nuevas bases.

El autor plantea que la elite mexicana decimonónica tuvo que articular